Prefacio

En el apogeo de la Ilustración europea, Immanuel Kant hace uso de la idea rectora de su época, la de la crítica, en las otras dos ideas rectoras de la época, las de la razón y la libertad. De esta manera somete a la Ilustración a una autocrítica radical. A una Ilustración sobre la Ilustración se dedica hasta hoy en día su modélica autoilustración. Como base de ella están sus desde entonces tres famosas preguntas: 1. ¿Qué puedo saber? 2. ¿Qué debo hacer? 3. ¿Qué puedo esperar?

La respuesta de Kant a la primera pregunta, la crítica trascendental de la razón, resulta tan moderna que ella, en un sentido literal, abre caminos. El escrito pertinente, la *Crítica de la razón pura,* no es sólo según Arthur Schopenhauer, «el libro más importante que se ha escrito jamás en Europa» (*Gesammelte Briefe* {Cartas completas}, Nr. 157)[1]. También la cabeza dominante del pragmatismo norteamericano, Charles S. Peirce, llama a la obra «mi leche materna en la filosofía» (1909, 143).

Solamente en lo que se refiere a la primera pregunta, la obra por cierto no es la única competente. Aunque muchos intérpretes acortan la *Crítica de la razón pura* de Kant a la primera pregunta, ella trata en verdad también la segunda y la tercera preguntas. Esto ocurre desde luego muy concisamente, por lo que se tienen que consultar otros escritos para su entendimiento fundamental. Son textos, especialmente respecto a la moral, al derecho y al Estado, respecto a la historia, a la religión y a la pedagogía. Este estudio se dedica a la abundancia

1 Son del original los paréntesis redondos y los cuadrados, son del traductor los entre corchetes.

aludida de textos y temas, sin desatender la primera *Crítica*, porque Kant despliega ya en ella pensamientos esenciales de su filosofía práctica. Pero quedan problemas fundamentales, cuya solución no se consigue antes de muchos ímpetus y de más de un rodeo. Se alistan, en la mayoría de los casos, temas nuevos, cuyo debate queda complementado por los conocimientos de la primera *Crítica*, de su crítica transcendental de la razón.

Este estudio lleva el título *La crítica de la razón práctica de Kant*. Con ello él alude a la obra fundamental de la filosofía práctica de Kant, la *Crítica de la razón práctica*. Mientras la primera *Crítica* reprocha las arrogancias de la razón teórica pura, la segunda *Crítica* rechaza las exigencias exclusivas de la, empíricamente condicionada, razón práctica. Este rechazo forma, en variantes diferentes, el hilo conductor de toda la filosofía práctica de Kant. Según ella, la dignidad de la naturaleza humana se encuentra en la libertad, por eso el rango de pieza clave corresponde a la libertad en el sistema total de la razón pura, tanto teórica como práctica.

Kant desarrolla una filosofía de la libertad precisamente en virtud de esta libertad, lo que convierte a su filosofía en una filosofía eminentemente práctica. En lo que respecta al derecho, el Estado y la política, él trata a estos objetos políticos con una intención política, de manera que su filosofía eminentemente práctica llega a ser, en un sentido enfático, una filosofía política.

Una ojeada de este tipo a la filosofía de la libertad de Kant puede sonar conocida y, en efecto, no es desconocida. A pesar de esto, apenas hay reflexiones que conviertan esta ojeada en hilo conductor de toda la filosofía práctica de Kant, y que incluyan bajo esta perspectiva incluso al Kant no tan conocido, por ejemplo, a sus escritos respecto a la filosofía de la historia y a aquellos respecto a la pedagogía. Ocurre también, no frecuentemente, que uno se orienta, en vez de a la *Fundamentación*, mucho más a la *Crítica de la razón práctica*.

Este estudio se adjunta a mi comentario sobre la *Crítica de la razón pura* (Höffe 2003). De manera similar a como lo intento allí, aquí intento hacer balance de mi estudio más largo de Kant, ahora con respecto a la filosofía práctica de Kant. Conforme con la cosa, sólo hago, no obstante, un balance provisional. Porque respecto a un pensador tan creador como provocador como Kant, no se puede suponer nunca escribir la propia palabra definitiva, ni hablar de la interpretación última.

Mi balance provisional recurre a reflexiones de los últimos dos, tres decenios. En la medida en que ellas han sido publicadas, están incluidas en el índice, pero nunca simplemente aceptadas. Con motivo de una lección y de un curso de interpretación respecto a la *Crítica de la razón pura,* las últimas actividades docentes de mi tiempo activo en Tübingen (2010/2011), ellas han sido pensadas de nuevo, cada una para sí, aparte de puestas en un contexto, además han sido ampliadas temáticamente en distintos pasajes. Como base figura la divisa «I Kant get no satisfaction», en simple alemán {traducido}: «De Kant nunca se puede tener suficiente».

Otra vez me importa no ignorar la rica bibliografía, pero en primer lugar, me importa dejar hablar a Kant mismo, pero no dejarlo, por ejemplo, tartamudear o tropezar. Conforme a la experiencia, «quien lleva la pelota hacia el fuera de juego, no gana ningún partido», no busco ningún trato pedante–mezquino con el autor. Más bien quiero entender sus motivos, preguntas y argumentos, y todavía, en cuanto relevantes para el pensamiento actual, comprenderlos. En vez de simplificarlo, el pensamiento de Kant tiene que aparecer al mismo tiempo en su provocación permanente. En esto vamos a chocar no pocas veces con disputas filosóficas, incluso con campos minados de conflictos filosóficos.

Dos de ellos vamos a nombrarlos ya aquí en forma de preguntas. Por un lado: ¿cómo en un tiempo que, como época de las ciencias naturales y sociales, reconoce preferentemente sólo leyes naturales y sociales, se pueden hacer plausibles, aún así, leyes de la libertad? Por otro lado: ¿cómo en tiempos de la globalización se pueden juntar ambos, el compromiso respecto a principios morales y jurídicos con el derecho a la diferencia?

A un filósofo que, como Kant, creó una obra temáticamente tan amplia, le amenaza el peligro de que, dada la plenitud de sus conocimientos, muchos son mal entendidos en los competentes discursos sistemáticos. Sea mencionado aquí sólo un ejemplo: el concepto kantiano del antagonismo, de la sociabilidad insociable, supera una contraposición secular en la antropología filosófica y en la filosofía social, a saber, entre el modelo de cooperación de Aristóteles y el modelo de conflicto de Hobbes. Por eso hoy en día tendrían que confrontarse tanto neoaristotélicos como también neohobbesianos con el pensamiento kantiano de la tensa conexión. Porque algo similar vale para muchos otros pensamientos, intento, al final de las partes en particular, con miras a los debates

actuales, hacer un balance corto: «What in Kant still matters?», es decir, «¿qué se puede aprender de Kant todavía hoy?»

Otra vez hay que dar las gracias: a los estudiantes de las actividades docentes, a los participantes de algunos simposios de Kant y, por su patrocinio, a la fundación Fritz Thyssen, no menos importante, a un colaborador anterior, PD Dr. Nico Scarano, y a mis colaboradores actuales, especialmente a Moritz Hildt, M. A., como también a Karoline Reinhardt, M. A.

Tübingen, en marzo de 2012

Primera parte
Cuatro fuerzas motrices

Tres tareas se presentan en una exégesis profunda de Kant: el microanálisis de problemas estrechamente delimitados, el mesoanálisis de un ámbito de problemas más grandes, y la macroinvestigación de un abarcante espacio de problemas. Antes de que este estudio entre en el meso– y microanálisis, se impone para la introducción una mirada amplia. Ampliada excesivamente, hasta una ojeada panorámica a toda la obra llamada crítica, ella ve como entre las fuerzas motrices de Kant destacan cuatro: la Ilustración, preferentemente determinada como pensar por propia cuenta, el fin metódico de una crítica judicativa, la moral como aquel *leitmotiv* que ya determina la primera *Crítica*, y un abarcante cosmopolitismo.

Con ellas no se trata de fuerzas motrices separadas unas de otras, que eventualmente serían competentes para distintos ámbitos de temas, de este modo, la crítica sería para la filosofía teórica, la moral y la Ilustración para el conjunto de la filosofía práctica, y el cosmopolitismo, por su parte, para el pensamiento jurídico y del Estado. Ellas se entrelazan mediadas unas con otras, sobre todo mediante las famosas tres preguntas de Kant, y forman facetas diferentes de una compleja fuerza motriz, no llamada propiamente así por Kant. En el caso de la moral, se trata de una Ilustración de la conciencia moral respecto a sí misma. En esto se reúnen el pensar por propia cuenta con una crítica a las interpretaciones filosófico–morales equivocadas, a las que, por su lado, subyace un interés moral sobrepasado por un interés existencial, y al mismo tiempo universalista, que tiene como tal un carácter cosmopolita.

Porque Kant dedica un ensayo propio a la fuerza motriz nombrada primeramente, a la Ilustración, tomo esto como hilo conductor de la explicación (*capítulo 2*). Para la segunda fuerza motriz, la *Crítica de la razón pura* es el texto referente más decisivo (*capítulo 3*), mientras que para las otras dos fuerzas motrices, la moral (*capítulo 4*) y el cosmopolitismo (*capítulo 5*), son importantes algunos textos más. De todos modos, en las dos primeras fuerzas motrices no hay que entrar en más textos de Kant para demostrar la importancia general de estos.

A la pregunta anunciada en el prefacio: ¿Qué queda? («What in Kant matters?»), ya se puede responder introductoriamente de modo tético para las fuerzas motrices: tanto para la filosofía como también para la civilización contemporánea, todas, las cuatro fuerzas motrices, son inevitables. Ellas, ni atadas a ciertas culturas, ni a determinadas épocas, son bienvenidas en nuestra época de globalización.

1
Ilustración

Pocos años después de la *Crítica de la razón pura*, Kant demuestra tanto temática como también literariamente, que él entiende más, y que los dos temas nuevos y el nuevo género literario se encadenan, incluso se condicionan unos a otros, como es usual en el caso de los grandes filósofos. Mientras Kant escribe la amplia y bochornosamente exacta nueva fundamentación de la filosofía para los colegas de la asignatura, y también redacta los *Prolegómena* para los «maestros venideros» (IV 255), se dirige con otros temas a un público más amplio, y acierta para ello, en lo que se refiere a la cosa y al lector, en el tono adecuado. Pues él no trata, por ejemplo, el mismo tema, su nueva fundación de la filosofía fundamental, que sólo trata esta vez gracias a una habilidad didáctica, de una manera comprensible también para no expertos. En vez de emprender una popularización de su crítica transcendental, él se dedica, por supuesto reconociendo su giro crítico trascendental, a dirigirse a nuevos objetos, al mismo tiempo objetos que interesan a un público más amplio:

En un corto tiempo, él publica en el foro de discusión de la alta Ilustración y de la Ilustración tardía alemana, el *Berlinische Monatsschrift*, ensayos tan breves como *Idea para una historia universal en sentido cosmopolita* (1784), *Presunto inicio de la historia humana* (1786) y *¿Qué quiere decir orientarse en el pensamiento?* (1786). Pero respecto al poder efectivo les supera un cuarto ensayo, *Respuesta a la pregunta: ¿Qué es Ilustración?* (1784).

A esta pregunta, levantada por un funcionario de la iglesia, responden intelectuales tan importantes como Gotthold Ephraim Lessing, Moses Mendelssohn, Christoph Martin Wieland y Friedrich Schiller. Pero sólo la respuesta de Kant

deja muy atrás cuestiones de actualidad cotidiana, llegando a ser famoso más allá de las fronteras de las lenguas, y consiguiendo el rango *de* texto clásico.

Sus conceptos rectores: mayoría de edad, pensar por propia cuenta y liberación de una razón humana universal siguen estando en vigor hasta hoy, como distintivos decisivos de la Ilustración. Con esto se suele pasar por alto que ellos no expresan simplemente la «esencia» de esta época; más bien desarrollan un concepto nuevo, al mismo tiempo provocativo. De esta manera, el texto competente ofrece el ejemplo paradigmático de una filosofía, en un sentido enfático, política. Además, él lleva a concepto a una de las cuatro fuerzas motrices que son esenciales no sólo para el pensamiento político de Kant, sino también para su filosofía moral, de la religión y de la educación.

La provocación de Kant: de un movimiento histórico, el de la época, al que sus figuras rectoras echan una mirada retrospectiva con orgullo, incluso ya complaciente, llega a ser una tarea sistemática que perdura. Haciendo esto, Kant renuncia al significado fundamental que abarca la designación «Auf–klärung» {Ilustra–ción}. A él no le importan comprensiones más claras, es decir un aumento del conocimiento. El puesto de una ganancia teórica lo ocupa una tarea moral que consiste nada menos que en una revolución de una actitud vital interior, de una manera de pensar frente al mundo. En definitiva, ella incluye la crítica al Estado absolutista y a una iglesia orientada al poder, pero no puede ser acortada a esto, como se recuerda en Brandt (2010, 175).

1.1. Pensar por propia cuenta

Ya el principio del ensayo sobre la *Ilustración* menciona el impulso moral: la «Ilustración es la salida del hombre de su autoculpable minoría de edad» (VIII, 35). En la *Antropología en sentido pragmático*, Kant llama a esta «salida» una «revolución en el interior del hombre», incluso la califica como superlativa, como la «revolución más importante», y explica: «en vez de que, hasta entonces, otros pensaban *por* él, y él solo imitaba,... ahora se atreve a avanzar por su propio pie, aunque todavía vacilando sobre el suelo de la experiencia» (VII, 229).

Ya antes del ensayo sobre la *Ilustración,* en *Idea para una historia universal en sentido cosmopolita,* Kant habla de la Ilustración, la llama «un gran bien», afirma que el «hombre ilustrado» participa inevitablemente «de cierta parte cordial» de

«lo bueno», y espera que la Ilustración se extienda sobre los regentes, a saber, que sus principios del gobierno influyan (VIII 28). El ensayo mismo de la *Ilustración* da un paso más, orientándose según el rendimiento de cada hombre, por tanto del simple ciudadano. Después sigue la famosa versión corta, la «divisa de la Ilustración», que acentúa el asunto de la ilustración, y no sólo una época histórica: «¡Sapere aude! ¡Ten el valor de servirte de tu *propio* entendimiento!» (VIII 35).

La época de la Ilustración, el largo s. XVIII, está orgulloso de su lucha contra la superstición y de su explosiva ampliación del saber de las ciencias naturales, sociales y espirituales, además de sus descubrimientos e invenciones, así como del aumento del saber medicinal y técnico. Aquí comienza ahora la provocación de Kant, porque deja de lado tanto en la definición introductoria, como también en sus explicaciones, todos los otros logros, y los califica, en el mejor de los casos por su silencio, como importantes por su acompañamiento. Con esto la ilustración llega a ser más fuerte, prácticamente relevante, por tanto más relevante para la filosofía práctica de Kant. Kant no tuvo, pues, por irrelevante los criterios nombrados, la lucha contra la superstición y el aumento de saber y poder, pero no los valora como algo primario respecto a su valor ilustrado, y como diferentemente importantes en su significación secundaria.

Dos años más tarde, él rechaza con ímpetu, en el escrito *¿Qué significa orientarse en el pensamiento?*, «ubicar la Ilustración en *conocimientos*» (VIII 146). Él toma incluso por imaginación la determinación de la Ilustración como incremento de conocimientos, en lo que se puede ver una clara agudeza contra el gran proyecto francés, la *Encyclopédie ou Dictionnaire raisonné des sciences, des artes et des métiers* (1751–1772), organizado por d'Alembert y Diderot. Kant no toma de ninguna manera a alguien por ilustrado en la medida en la que él dispone de conocimientos de las ciencias naturales, sociales y del espíritu. En vez de evaluar al erudito acreditado como más ilustrado, él tiene, al contrario, muchos conocimientos por barrera para la Ilustración. Y rechaza totalmente la expectativa de que el saber coleccionado —en la *Encyclopédie*— «haría a nuestros nietos no sólo más cultos sino, [¡]al mismo tiempo[!], también más virtuosos y más felices» (*Encyclopédie* V 635).

La extensión de esta nueva determinación no se debe minusvalorar. Porque sin expresarlo, ella rechaza el autoentendimiento francés de la época como *Siècle de lumières,* como siglo de la luz y de la iluminación. La valoración alternativa de Kant, la «salida de una autoculpable minoría de edad» (VIII 35), da valor a una obra propia, a una revolución en el interior que, en principio, cada uno puede

producir. Aquí se cruza la fuerza motriz de la Ilustración con la de la moral: el interés de Kant por la Ilustración es expresamente más práctico–moral, sólo subsidiariamente como remedio para el interés práctico, incluso de la naturaleza teórica. La pura sabiduría parece, en cambio, ser tanto como prácticamente insignificante. Otra cosa es la superstición. Quien se sirve de «su propia razón», «pronto verá desaparecer... la superstición y el fanatismo» (*Pensamiento*,VIII 147; cf. contra el fanatismo, ya *Crp*, B XXXIV).

Tan poco se concentra Kant en el saber como tal, como poco valora aquella razón instrumental que tiene como fundamento la capacidad medicinal, más aún, la capacidad técnica, y debido a aquellas exigencias de dominio se suele hablar, desde Horkheimer y Adorno, de una «Dialéctica de la Ilustración» (1947). Quien, como Kant, determina la Ilustración como relación del hombre consigo mismo, y a saber, como una {relación} práctico–moral, no como una relación técnica, tampoco como una autorrelación teórica, le atribuye una importancia emancipadora, sin usar todavía en esos tiempos la expresión corriente.

Quien no recorta la Ilustración a una razón orientada por el dominio, sino que valora la moral y el derecho, quien dirige además, pasando por el ejemplo de la libertad de la opción, una mirada a los derechos humanos, le parecen extraños, propiamente dicho incluso incomprensibles, la determinación de la ilustración como «desencantamiento del mundo» y el consiguiente pensamiento de Horkheimer y Adorno (cf. 1947, 9 ss.), de que la razón pueda llegar a ser víctima de sus propias exigencias de dominio.

Porque la producción propia, irrenunciable para la Ilustración según Kant, no exige conocimientos especiales, ni capacidades especiales, es más bien algo que cualquier persona es capaz de prestar, e incluso está también invitado a prestar. Kant, el demócrata intelectual, rechaza la presunción propia, tanto la presunción propia del investigador o del sabio, como también aquella de los intelectuales, no menos importante, la presunción propia de aquellos que se tienen por hombres moralmente buenos: «la minoría de edad es la incapacidad de servirse de su entendimiento, sin servirse de la dirección de otro» (*Ilustración*, VIII 35). Para hacer hincapié se puede agregar: independientemente del tamaño o de la agudeza de su entendimiento. Pues a continuación se dice: «uno mismo es el culpable de la minoría de edad si la causa de la misma no se funda en la falta de entendimiento, sino de decisión y coraje para servirse de él sin la dirección de otro» (ibid.).